

DOMINGO VII.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS,
cap. 6. v. 19. 23.

Hermanos : Cosa humana os digo por la flaqueza de vuestra carne : que como para maldad ofrecisteis vuestros miembros , que sirviesen á la inmundicia , y á la iniquidad ; así para santificacion ofreced ahora vuestros miembros , que sirvan á la justicia. Porque quando erais siervos del pecado , fuisteis libres de la justicia. ¿ Y qué fruto tuvisteis entónces en aquellas cosas , de que ahora os avergonzais ? Pues el fin de ellas es muerte. Mas ahora que estais libres del pecado , y que

despues de Pentecostes. 101

habeis sido hechos siervos de Dios , conteneis vuestro fruto en santificacion , y por fin la vida eterna. Porque los gages del pecado son muerte : mas la gracia de Dios es vida perdurable en nuestro Señor Jesu-Christo.

INSTRUCCION.

Si los Ministros del Altar se afligen quando se ven obligados á reprehender á los pecadores sus desórdenes , tambien se llenan de consuelos , quando á imitacion del Apóstol con los fieles de la Iglesia de Roma , pueden decirles que ya no viven baxo la ley del pecado , y que la sinceridad de su penitencia y de su conversion ha suspendido la ira del Señor , y movido su misericordia.

Sin embargo estos consuelos , hermanos míos , no son muy frequentes , porque si bien procuramos con las palabras de Jesu-Christo y sus Apóstoles ordenar su vida , y sacarlos de los vicios donde se ven encenagados ; no

por esto conseguimos el efecto. Pero á vista de esta indiferencia deberemos guardar silencio los Ministros de la palabra santa? Podremos verlos correr tras el crimen, y no detenerlos en la carrera? No, hermanos míos, los pecados de los hombres deben excitar nuestra conmiseracion: debemos proporcionar los consuelos á las necesidades, y si la llaga es profunda, el remedio debe ser activo y penetrante. El Apóstol con este fin nos presenta en la Epístola de este día verdades sumamente importantes, de que podremos deducir muchas conseqüencias para nuestro aprovechamiento: ellas se dirigen á reformar vuestra conducta, y por tanto debeis meditarlas con toda atención.

Cosa humana os digo por la flaqueza de vuestra carne. Esta advertencia del Apóstol por donde empieza el detalle de una verdad, que siempre se oye con disgusto por los pecadores, y aun tambien por los justos, nos da una regla segura á los Ministros de la palabra santa, para tratar aquellas materias que pueden ofender en algun modo la delicadeza del espíritu y del corazon. Si por una

parte deben hablar siempre la verdad, y reprehender los vicios, ponderando las conseqüencias funestas que suelen producir, también deben hablar con discrecion para que no se ofendan ni se retraigan aquellos á quienes se quiere corregir. Pero esta leccion que nos da á los Ministros no habla tambien con vosotros, hermanos míos? En efecto, quando el Ministro habla es necesario en los oyentes, qualquiera que sea su clase, qualquiera que sean sus costumbres y talentos, una suma prudencia y discrecion para no escandalizarse del modo con que reprehende, teniendo presente que estamos obligados á proporcionar nuestras instrucciones al estado y capacidad de los oyentes. Quando hablamos con sabios, debemos usar expresiones decentes é ilustradas para que nos oigan con gusto. Esta misma conducta debemos tener con aquellas personas que dedicadas á la virtud, se presentan en nuestros templos á oír las instrucciones sagradas con el fin de conocer y temer las justicias de Dios, y afirmarse en sus caminos; pero quando hablamos con pecadores, y con gentes que no tienen los mayores alcances, debe-

mos expresarnos con energía y con términos acomodados á su capacidad; de manera que vengan en conocimiento de la gravedad de sus pecados. Las frases y los modos han de ser sencillos y claros, valiéndonos si puede ser de sus mismas locuciones para que así no les quede duda; pero siempre con el decoro y el respeto que se debe á la palabra de Dios y á su templo. Es decir en todo esto, que imitando á los Apóstoles, tenemos necesidad de contemplar la flaqueza de nuestra carne.

Después de este consejo establece el Apóstol una verdad aplicable á todas las circunstancias y á todos los estados. Como para maldad, dice, ofrecisteis vuestros miembros que sirviesen á la inmundicia y á la iniquidad; así para santificación ofreced ahora vuestros miembros que sirvan á la justicia. En efecto en todos los tiempos se ha considerado que la penitencia debe estar siempre en razón del crimen; y que por consecuencia se han de emplear para la reparación los mismos medios que han servido para el mal. El Apóstol señala con particularidad el vicio vergonzoso de la impureza, porque en

el son los combates mas frecuentes, las victorias mas peligrosas, y la curación mas difícil; pero tambien se vale de la palabra iniquidad para darnos á entender que igualmente comprehende todos los desórdenes de qualquier naturaleza que sean, y que no hay uno por el qual no estemos obligados á hacer una condigna penitencia.

Si por desgracia, hermanos míos, estais sumergidos en ese pecado que el Apóstol nombra siempre con repugnancia, y en el qual insistimos á nuestro pesar, observad con exactitud el consejo que nos da en esta Epístola: como ofrecisteis los miembros para inmundicia, así para santificación ofreced ahora vuestros miembros que sirvan á la justicia.

Del abandono de esta obligacion nace, hermanos míos, la dificultad de romper con las malas costumbres. Muchos Christianos piensan que toda su conversion debe consistir en la cesacion del pecado, ó á lo mas, en la separacion de los objetos que le causaban; pero dónde estan esas obras de justicia que deben substituirse? ¿Qual es el tiempo que dan á la meditacion de la

106 *Domingo VII.*
ley de Dios para reparar los momentos que han sacrificado á peligrosas lecturas, á visitas sospechosas, á miradas atractivas, y á palabras poco decentes? ¿Por ventura pasan en el silencio algun tiempo, para expiar el escándalo de esas conversaciones inmodestas, donde se traga el veneno del crimen, donde se vierte con profusion en el seno mismo de la inocencia y del pudor? ¿En dónde estan esas obras de caridad para reparar esos gastos enormes que se han hecho en obsequio del ídolo de nuestro corazon, para manifestarle un amor que se fundaba sobre las qualidades mas detestables? ¿En dónde estan esas penitencias para castigar una carne siempre rebelde, cuyas inclinaciones no es fácil vencer, si la mortificacion no las pone un freno? Hermanos míos, mientras que no acostumbréis vuestros miembros á servir á la justicia, se rebelarán continuamente, y se entregarán á la iniquidad con mas furor. La poca docilidad de los pecadores para reducir á práctica los medios que les insinuamos es la causa sin duda del corto número de conversiones. *actab sup. 10*
El Apóstol no habla solamente del

despues de Pentecostes. 107
vicio de la inmundicia, sino que tambien se extiende á toda suerte de iniquidad, cuyas obras deben repararse con otras del todo contrarias. El avaro que no sabe apagar la sed de las riquezas repartiéndolas entre los necesitados; el orgulloso que no se acostumbra á sufrir con paciencia las humillaciones que la Providencia le prepara; el máldiciente y el embustero que no se imponen la estrecha obligacion de guardar un silencio riguroso, y que no expian el abuso que han hecho de sus conversaciones, aun de aquellas que tenian por mas legítimas; el Christiano entregado á la disipacion que no rectifica sus acciones, que huye de nuestras asambleas, y que frecuenta los espectáculos y las concurrencias profanas; todos estos no pueden prometerse una conversion sólida y verdadera, mediante que su corazon no está fortificado con los combates del enemigo, contra el qual no han tenido fuerzas bastantes: todos estos son del número de los que el Apóstol llama siervos del pecado, porque no han roto sus cadenas para someterse á la justicia. ¿Pero cuáles son los frutos que

tuvieron entonces en aquellas cosas de que ahora se avergüenzan? ¿El fin de ellas no es la muerte?

¿Qué inconsequencia, y qué contradicción, hermanos míos, la de los pecadores! Ellos practican lo mismo que desaprueban: se avergüenzan de las faltas que han cometido, y vuelven á cometerlas con tanta seguridad, como si les resultase algún beneficio. Si en sus espectáculos y en sus tertulias oyen decir que la ambición es la pasión de las almas grandes, y que la venganza tiene sus deleites, aplauden esta moral, y la siguen arrastrados del fuego de sus pasiones; pero sin embargo lloran la extravagancia de aquellos que pierden su vida siguiendo una quimera de grandeza; que arriesgan sus días por una falsa gloria; y que arruinan su salud en los banquetes, y en las concurrencias desarregladas.

Si vosotros, hermanos míos, habeis tenido la desgracia de entregaros á estas funestas pasiones, decidme: ¿qué ventaja habeis sacado? ¿por ventura gozasteis días mas largos, mas felices y tranquilos? ¿No os habeis avergonzado mas de una vez de haber sido ven-

cidos por las mismas tentaciones que mil veces os habiais prometido vencer?

¿Qué distinta es la suerte de los que sirven al Señor! ¿Qué satisfacción, hermanos míos, es el verse contados en el número de los siervos del mas grande, del mas poderoso y generoso de los Señores! ¿Qué consuelo tan dulce el de ver recompensadas con ventaja de ciento por uno las buenas obras, y que ellas sean la prenda de una vida eterna y gloriosa! Ahora que estais libres del pecado, dice el Apóstol, y que habeis sido hechos siervos de Dios; teneis vuestro fruto en santificación, y por fin la vida eterna. Pero siendo cierto que cada año nos acercamos mas al término, ¿lo es igualmente que cada obranos da un nuevo derecho á la gloria de la eternidad? Responded á esta pregunta, Christianos, que vivis en un olvido casi habitual de Dios. ¿Habeis pasado muchos días empleados únicamente en su servicio? Entre todas las acciones de vuestra vida ¿habeis hecho algunas que sean dignas de referirse á su gloria, y á vuestro fin último?

No abandoneis tampoco esta consideración, hermanos míos, vosotros

cuya vida parece mas regular y christiana. ¿Dios es el único objeto de vuestra atencion, y el único fin de vuestras acciones? ¿No reconocéis en vuestra piedad misma ciertos sentimientos interiores de satisfaccion, ciertos motivos de respeto humano que contienen los progresos que deberiais hacer en el camino de la salvacion? Si consideraseis atentamente esta sentencia del Apóstol; á saber, que los gages del pecado son la muerte, sin duda que vuestras acciones serian mas christianas y mas santas; pero como por desgracia hemos nacido en el pecado, estamos sujetos á sufrir la pena que se le ha impuesto, y executando Dios la sentencia que dió á nuestros primeros padres, castiga el pecado que cometieron, y los que nosotros hemos añadido á esta primera prevaricacion. ¿No vemos todos los dias que la muerte detiene la carrera de infinitos pecadores que andaban por los caminos de la iniquidad? ¿No pierden su vida en el seno mismo de los placeres? ¿No destruye Dios sus proyectos quiméricos tal vez en el mismo instante que se gloriaban de conseguirlos? Quando mas encenagados estan en el

amor de sus riquezas, quando viven con mas tranquilidad en medio de la opulencia, quando inflado su corazon con la vanidad y el orgullo, levantan su cabeza para despreciar y oprimir al miserable; ¿no es entónces quando viene la muerte, y les corta los dias fatales que han empleado en tantos vicios? Ellos se rebelaban contra su Criador, y la naturaleza parece que les pagaba su altanería, dispensándoles todos sus favores; pero su soldada estaba reservada para otro tiempo: la muerte viene y les quita de entre las manos todo aquello que cautivaba su corazon. Así es como pagan esa secreta idolatría que los hacia tan culpables á los ojos de la Divinidad. Terribles gages, hermanos míos, pero nada son si se comparan con los que Dios les tiene reservados para toda una eternidad. Si la muerte temporal es el tributo que se nos ha impuesto por el pecado de nuestros primeros padres, la muerte eterna es propiamente el sueldo, y la satisfaccion de todo lo que debe Dios á su gloria, para vengarla de los ultrages del pecador. Pero, hermanos míos, apartemos ya la vista con el Apóstol de este horri-

ble sueldo, y digamos para consuelo nuestro, que hay otra paga y otra recompensa que debemos conseguir, y no podemos merecer por nosotros mismos, y es la gracia de Dios, que es vida perdurable en nuestro Señor Jesu-Christo. Esta recompensa debe ser el motivo poderoso para excitar nuestra emulacion. La codicia, quando mira á los objetos terrenos y perecederos, es un crimen; pero es una virtud quando se dirige á esta recompensa. La economía es sordida y miserable, quando solo procura juntar los bienes de la tierra; pero muy noble y generosa quando tiene por fin el adquirir este tesoro que está en los cielos. Pero, hermanos míos, para adquirir este tesoro es preciso desearlo. ¿Sabeis por ventura lo que es desear la vida eterna? ¡Ah, cuántos Christianos limitan sus deseos sobre esta materia á decir friamente: vénganos, Señor, el tu reyno, y sin embargo nada temen mas que el cumplimiento de esta oracion! Su constante amor á todas las cosas terrenas; el temor de la muerte, su impaciencia en las enfermedades de que se sirve Dios para darlos que merecer; su lenguaje, sus con-

versaciones, todas sus obras en general son tan poco dignas de la felicidad á que deben aspirar, que mas bien debe mirárseles como los ciudadanos de la tierra, que como los herederos del cielo.

¡Quándo podré yo, Dios mío, de-
ciros con tanta verdad y eficacia como el Profeta: mi corazon y mi carne desfallecen hasta que llegue aquel dia en que por vuestra infinita misericordia me lleveis á unirme con vos! Yo bien conozco, Señor, que mi corazon está agitado, y fuera de su centro quando está separado de vos; pero enseñadme los medios de arreglar esta agitacion, de caminar con firmeza por los senderos que nos dirigen á vuestra mansion celestial, y de alcanzar esa vida de que Jesu-Christo es el principio y el fin por los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,

cap. 7. v. 15. 21.

*En aquel tiempo dixo Jesus á sus
discípulos: Guardáos de los falsos
Prophetas, que vienen á vosotros*

TOM. V.

II

con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores: Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? Así todo árbol bueno lleva buenos frutos: y el mal árbol lleva malos frutos. No puede el árbol bueno llevar malos frutos: ni el árbol malo llevar buenos frutos. Todo árbol, que no lleva buen fruto, será cortado, y metido en el fuego. Así pues, por los frutos de ellos los conoceréis. No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos.

INSTRUCCION.

¿Qué impresion harán, hermanos míos, sobre nosotros las palabras del Evangelio de este día? ¿Acaso excitarán un justo y saludable temor, ó reanimarán nuestra confianza? Por un lado veo á Jesu-Christo, que como un Pas-

tor caritativo y cuidadoso advierte á las ovejas los peligros que las amenazan, y los medios que han de tomar para precaverse de las asechanzas de los lobos robadores que andan á su alrededor para devorarlas; y por otro oigo las sentencias y maldiciones de este Juez inexorable contra el árbol infructuoso y estéril, de manera que si por una parte me asegura su misericordia, también sus juicios terribles me atemorizan y sobresaltan.

Jesu-Christo parece que queria inspirar á su pueblo en sus frecuentes instrucciones estos dos sentimientos, y los mismos quiere la Iglesia producir en nuestros corazones. El temor es un medio muy saludable para obrar la conversion; pero ésta no es perfecta quando no se acompaña de un amor filial. Por tanto, hermanos míos, corresponded á los designios de esta tierna Madre; excitando estos saludables sentimientos en vuestras almas, y aunque el temor y el amor parecen dos cosas tan opuestas, el Evangelio de este día nos enseñará el medio de conciliarlas. Para ello espero vuestra atencion.

¿Podia Jesu-Christo caracterizar me-

por su amor y su bondad ácia nosotros, que comparándose á un pastor caritativo, y llamándonos las ovejas de sus pastos? ¿No contiene esta idea todo el valor de sus misericordias? En efecto, hermanos míos, por esta causa se sirve con frecuencia en el santo Evangelio de esta parábola como la mas propia para figurarnos su amor, y en el día por una consecuencia de esta comparacion nos describe á los enemigos de nuestra fe, no solo como falsos Profetas, de quienes es preciso desconfiarse en un todo, sino tambien como lobos robadores que vienen cubiertos con la piel de ovejas, para sorprehendernos entre tanto que meditan interiormente los mas crueles designios contra el rebaño de Jesu-Christo.

Ya pues que este Divino Salvador nos manda guardarnos de estos falsos Profetas, corresponde poner la diligencia y el estudio necesario para saberlos discernir. Hay dos clases de Profetas falsos que afligen la Iglesia, que destruyen el rebaño de Jesu-Christo, y extienden el reyno de Satanás y del pecado. Los unos, enemigos de la doctrina del Evangelio, se dedican á turbar

y alterar nuestra fe; los otros, disgustados de sus máximas, trabajan quanto pueden para corromper nuestras costumbres: aquellos se introducen en las casas, y con sofismas y falsos discursos combaten los dogmas y los misterios mas esenciales de la religion: estos se insinuan en las concurrencias, y con todo género de personas, y baxo el pretexto de dar sal á las conversaciones, inspiran insensiblemente el disgusto, y el desprecio de la virtud. Los primeros se transforman algunas veces en Angeles de luz, y para dar mas crédito y autoridad á los errores que enseñan, se adornan con una austeridad de costumbres que les concilia el respeto y la atencion de quantos tratan: los últimos, para ocultar mejor las perversas disposiciones de su corazon, aparentan un cierto ayre de dulzura y de bondad que sorprende á todos, y borra qualquiera desconfianza que pudieran ocasionar sus discursos.

No sé ciertamente, hermanos míos, qual de estas dos clases de falsos Profetas hace mas daños á la religion de Jesu-Christo; pero sí puede asegurarse que los golpes que dan unos y otros son muy funestos, y que por tanto debe-

mos temerlos y detestarlos. Sin embargo, para daros algunas armas con que podais defenderos de estos seductores, os diré con relacion á los primeros que si quereis evitar las fatales impresiones de sus discursos, el mejor remedio es cerrar los oidos á todo lo que puede alterar el precioso depósito de la fe que habeis recibido en el bautismo. Ya que por medio de una santa educacion estais imbuidos de todos los misterios y dogmas de nuestra creencia, debeis conservarlos con toda fidelidad; y si alguno intentase entrar en discusiones sobre estas materias, y no podeis evitarlas, es necesario contradecirle con vigor para que no triunfen sus artificios, y arrastre tras de sí á los incautos y poco instruidos que le escuchan. De esta manera sabreis vencer esos seductores que atacan la doctrina de Jesu-Christo.

¿Pero habremos llegado á esos miserables y peligrosos tiempos que estaba previendo el Apóstol San Pablo quando escribía á su discípulo Timoteo? ¡Ah, hermanos míos, temamos á nuestro siglo que tanto abunda en esos hombres parecidos á los falsos Profetas de que hoy nos habla Jesu-Christo, los

quales baxo la apariencia de regularidad, de piedad y caridad ocultan las disposiciones mas criminales! Sí, estos hombres que se introducen por todas partes son los emisarios de Satanás para hacer prosélitos. ¡Qué máximas tan peligrosas, qué libros tan impios! Ellos han sabido adquirir las gracias del estilo, y por este medio se grangean el crédito, y la opinion de sabios, haciéndose venerar como oráculos entre gentes que aman la libertad. De aquí proviene esa tendencia general que se observa al sistema de incredulidad, y por consecuencia el desprecio y la burla de nuestros dogmas y misterios.

¿Pero qué diré de esos seductores de las costumbres? ¡Ah! vivimos, hermanos míos, en un siglo en que se multiplican á cada paso, y por lo mismo debeis poner toda la diligencia posible para conocerlos. Estos perversos que han sofocado ya todos los remordimientos de su conciencia, trabajan para tranquilizaros y familiarizaros con el crimen, tratando de debilidad de espíritu la justa repugnancia que manifestais para imitarlos y seguirlos. Vereis á muchos de ellos que infestados de las máximas de-

testables de este siglo, procuran con mucho arte inspiraros el disgusto de las prácticas de la Religión, y que ridiculizan la santa severidad del Evangelio. Vereis otros que habiendo perdido su primera inocencia, os miran con envidia, porque la conservais, y que no estan satisfechos hasta que han conseguido alterarla y arrancarla de vuestras almas.

¡Oh, qué propio es el nombre de falsos Profetas que da Jesu-Christo á estos hombres! Ellos para introducir os en los caminos de la iniquidad os prometen una paz que en realidad no existe sino en su imaginacion. Por consecuencia son Profetas del error, y vienen á la verdad cubiertos con la piel de ovejas. En efecto, se venderán por amigos vuestros, os hablarán un language de paz, la suavidad de su conversacion seducirá vuestros corazones, y disipará todas las dudas é inquietudes: tal será su arte y artificio en el trato, que no tendreis momentos mas preciosos que aquellos que paseis en su compañía; ¿pero son en la realidad tales como parecen exteriormente? Escuchad, hermanos míos, á Jesu-Christo: son por dentro lobos robadores, su lengua

es un dardo venenoso que emponzoña el corazon, de su boca sale un tósigo mortal, tanto mas funesto quanto es mas insensible. Así no debeis juzgarlos por la falsa seguridad que afectan. Si quereis conocerlos, exâminad las peligrosas máximas que inspiran sus conversaciones y sus discursos, y las funestas impresiones que producen sus exemplos. La pérdida total de la inocencia, el abandono general de todas las obligaciones, el disgusto de los ejercicios, y prácticas de la religion, el desprecio de las verdades mas incontrastables, la muerte eterna del alma, estos son los frutos que llevan tales hombres, y por ellos podreis conocerlos, como dice el Salvador.

Quando parais, hermanos míos, la consideracion sobre vosotros mismos, ¿no teneis datos suficientes para comprobar esta verdad? ¿No habeis sido muchas veces víctimas desgraciadas de estos lobos robadores? Escuchad como se explica el Profeta en uno de sus Salmos, y aprendereis el modo de desvanecer sus esfuerzos. Señor, los impios me convidaron para entrar en su compañía, y me contáron sus fábulas; pero

comparando su doctrina y su conducta con vuestra ley, conocí la distancia que mediaba, y los detesté y arrojé de mi presencia.

En efecto, la compañía de los malos es siempre muy peligrosa. Jesu-Christo dice: ¿por ventura cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? Así todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos. No puede el árbol bueno llevar malos frutos: ni el árbol malo llevar buenos frutos.

Este lugar del Evangelio presenta á primera vista una dificultad que merece alguna consideracion; pero los Padres de la Iglesia la desvanecen explicándonos el sentido verdadero de esta parábola. Por una parte tomando estas palabras á la letra, parece que el Cristiano no puede perder su justicia, y por otra que no hay recurso para el pecador una vez que ha llegado á perder la gracia. Si el buen árbol no puede llevar malos frutos, ¿será verdad que el justo quando ha entrado en el camino de la virtud no está expuesto á mirar lo que dexa detras? Si el mal árbol no puede llevar buenos frutos, ¿no

podrá el pecador que ha perdido la gracia reconciliarse otra vez con su Dios?

Si tal fuese, hermanos míos, la doctrina de Jesu-Christo, el justo tendria sobrados motivos de presuncion, y el pecador llegaria á desesperarse; pero Jesu-Christo nos enseña, y la experiencia lo confirma, que muchas veces un árbol bueno degenera y pierde su fertilidad miéntras que otro malo corresponde á los cuidados y afanes del labrador, llevando abundantes frutos. Es decir, que el justo disgustado muchas veces de la virtud, se introduce en los caminos del crimen, miéntras que el pecador fatigado de la contradiccion que sostiene con su Dios, y de los peligros de que está rodeado, empieza á llevar dignos frutos de penitencia y salvacion. Aquel que una vez ha llegado á conseguir la gracia, debe siempre estar en desconfianza de su propia flaqueza para no caer. Hermanos míos, imploramos siempre al Señor, porque si retira su mano, bien pronto darémos una caída tanto mas terrible quanto mas nos hayamos elevado en gracias y virtudes; pero no por esto debeis perder el ánimo. Si estais oprimidos con la carga

del pecado, probad vuestras fuerzas para levantaros, llorad amargamente, é instadle con eficacia en el seguro de que vuestra conversion será bien recibida, y que conseguireis el perdon. Estos árboles, de quienes espera el Señor frutos abundantes, somos los Christianos; y en efecto el Profeta compara á los justos, á las palmas plantadas en su casa. Si el fruto designa la bondad y la calidad del árbol, ¿qué frutos habeis llevado hasta el día? ¿Quáles son las buenas obras que habeis hecho? ¿Camináis acaso por los senderos de la virtud? ¿Observáis constantemente los preceptos de la ley? ¿Correspondéis con prontitud á los llamamientos de Dios? ¿Haceis el uso que corresponde de sus gracias? Si el Padre de familias viniese ahora á recoger los frutos, ¿nuestra esterilidad no excitaria su indignacion y su ira? Escuchad, pecadores, la sentencia que Jesu-Christo pronuncia. Todo árbol que no lleve buen fruto, será cortado y metido en el fuego.

Notad, hermanos míos, que Jesu-Christo no solo juzga digno del fuego eterno el árbol que haya llevado malos frutos, ó el que no haya llevado nin-

guno, sino tambien el que no los haya llevado buenos y con abundancia. Temblemos al considerar estas palabras, en las cuales está confirmada aquella otra sentencia del santo Precursor. La segur está ya cerca de la raiz, y solo falta un golpe para derribarla. Hermanos míos, ¿quándo dará Dios este golpe al árbol estéril? Su sabiduría se ha reservado el conocimiento de este instante para estimularnos á vivir siempre prevenidos. ¿Serémos tan insensatos como otros muchos que viven en el pecado? ¿La robustez de nuestro temperamento podrá defendernos? ¿No viene la muerte y atropella con todos de qualquiera clase y condicion que sean? ¿No mueren los viejos como los niños y los mozos? ¿Hay algun poder que pueda resistir este golpe? Ricos y poderosos de la tierra, ¿de qué sirven esas riquezas? ¿Podeis con ellas rescatar el tributo de la muerte? Orgullosos que insultabais al Señor negando su misma existencia, ¿podeis libraros ahora de su mano? Pero Christianos, quando Jesu-Christo venga para juzgarnos, ¿qué podremos responderle? ¿Aguardarémos esta hora para practicar las virtudes? No, im-

porta poco el llamarle, porque ya se acabó entónces el tiempo de merecer. No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reyno de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reyno de los cielos.

Meditemos, hermanos míos, estas palabras por un momento para deducir las conseqüencias que contienen, y escuchemos como las explica San Ambrosio, porque las reflexiones de este santo Doctor nos demostrarán de lleno esta verdad. El pecador en el último día, dice este Padre, querrá dirigirse á Dios é implorar su misericordia, y valiéndose de las palabras de los justos, le dirá: Señor, Señor, yo soy la obra de vuestras manos, y no podeis desconocer vuestra imágen. Vos me habeis sacado de la nada, y no he vivido sino por un efecto de vuestra misericordia; me habeis rescatado con vuestra preciosa sangre, y por tantos títulos debo precisamente ser vuestro. ¿Pero qué responderá Jesu-Christo? Ah, temblemos, hermanos míos, al considerar los tremendos cargos que ha de hacernos! Os lisongeis, nos dirá, de ser míos; pe-

ro durante vuestra vida habeis sido esclavos de vuestras pasiones, habeis obedecido la ley de vuestros miembros, os habeis sometido á la carne y á la sangre. Miserables, ¿ignorabais en esos fatales días que el menor pecado insultaba mi soberana Magestad, y que yo era el Dios de toda pureza? Os lisongeis de ser míos; pero habeis vivido despreciando las leyes de la justicia, haciendo una ley de vuestros intereses é inclinaciones, y usurpando los bienes del próximo. ¿Ignorais que yo aborrezco la iniquidad, y los latrocinios, porque soy el Dios de toda justicia? Os lisongeis de ser del número de mis siervos, pero la ira turbaba vuestra razon, las animosidades, los resentimientos y las envidias reynaban sucesivamente en vosotros, y mortificabais con un trato duro y cruel á todos los que tenian la desgracia de vivir baxo vuestra dependencia. ¿Habeis olvidado que yo detesto la ira y las discordias, porque soy el Dios de la paz? Apartaos de mí, porque no quiero tener á mi vista tales siervos que vienen á ofrecerme su corazon despues de haber prodigado sus servicios, su tiempo y sus talentos al mundo, y á

sus propios apetitos. ¡Ah, qué tiempo este tan calamitoso, dice el Padre San Ambrosio! Entónces las pasiones se reunirán al rededor del pecador, y le dirán alternativamente, tú eres mio. El demonio mismo, gloriándose de su conquista alegará tambien sus derechos á la propiedad de este miserable, y dirá este es todo mio, porque ha inclinado la rodilla delante de mí, y ha llevado con mucho gusto el yugo que he querido imponerle.

¿Quién será pues el que tenga derecho de entrar en la heredad de Jesu-Christo? El Profeta le hacia esta misma pregunta al Señor, y el espíritu de Dios le hizo saber que su reyno seria la herencia de todos aquellos cuyas manos fuesen puras é inocentes, y de limpio corazon. Jesu-Christo en el Evangelio de hoy nos dice tambien: que el que hace la voluntad de su Padre que está en los cielos, ese entrará en el reyno de los cielos.

La posesion del reyno celestial depende en efecto, hermanos mios, de nuestra fidelidad y de la observancia exácta de la ley del Señor. Esta voluntad está bastante conocida. El Apóstol

San Juan nos dice: que sus mandamientos no son gravosos, y por tanto debemos con nuestras obras manifestarnos dignos ciudadanos del cielo: llevemos frutos que nos merezcan la gracia de ser contados en el número de aquellos árboles, cuya cosecha se ha reservado el Padre de Familias. Esta es la consecuencia mas útil que podemos sacar de nuestro Evangelio.

Permitidme, hermanos mios, que para concluir este discurso os refiera otra parábola que tiene mucha relacion con la que acabo de exponer. Un hombre, dice Jesu-Christo, tenia una higuera plantada en su viña, y fué á buscar fruto en ella, y no le halló. Y dixo al que labraba la viña: mira, tres años ha que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo: córtala pues: ¿para qué ha de ocupar aun la tierra? Mas él respondió, y le dixo: Señor, dexala aun este año, y la cabaré al rededor, y le echaré estiércol; y si con esto diere fruto: y si no, la cortarás despues.

¿Qué impresion hace sobre vosotros, hermanos mios, esta parábola? ¿No sois esta higuera infructuosa que ocu-